

GEORGES SOREL: "REFLEXIONES SOBRE LA VIOLENCIA",  
Alianza Editorial, Madrid, 1976, 390 pp.

Georges Sorel (1847-1922) es ya un clásico del pensamiento político contemporáneo y sigue siendo, sin embargo, una figura peculiar y anómala en muchos sentidos. Se le invoca y repudia por los más disímiles sectores tanto de izquierda como de derecha y no se le puede comparar ni de lejos con cualquier otro pensador. Su trayectoria ideológica algo nos dice de ello: legitimista y tradicionalista en su juventud, marxista ortodoxo en 1894; en 1898, crítico del marxismo por influencia de Croce y Bernstein y en parte de Bergson. Dreyfusista en 1899, en 1909 era ya aliado de Action Française; en 1912 admiraba a Mussolini y en 1919 era ferviente admirador de Lenin, para terminar sus días tal vez más cerca del Duce.

¿Qué solidez e importancia puede tener un pensador hasta tal punto variable en sus tendencias políticas? Y, sin embargo, vemos que muchos autores lo consideran precursor de los movimientos de masas del siglo XX, y nos encontramos con que su obra fundamental ha sido recientemente (1976) reeditada por Alianza Editorial, una de las más influyentes editoriales españolas. ¿Cómo explicar esta paradoja?

Creo que la sinuosa trayectoria ideológica de Sorel tiene un sustrato filosófico permanente que explica su actualidad e importancia, y ese sustrato es la teoría del "mito social". El mito soreliano no es más que una intuición bergsoniana con elementos histórico-analíticos de Marx y cierta dosis de psicología social de James. Históricamente, el mito social vino a reemplazar en forma oportuna y con mayor eficacia a las ya en retirada utopías racionalistas del siglo XVIII, y ha sido utilizado y lo seguirá siendo, por las más disímiles corrientes políticas como faro para la irrupción de lo irracional y como vehículo a los movimientos de masas del siglo XX.

Para explicar a Sorel necesariamente hay que explicar sus influencias. Quien determinó su pensamiento fue Bergson; pero cuando toma contacto con él, nuestro autor ya tenía elaborado gran parte de su pensamiento.

Sobre una metafísica pesimista (tipo Schopenhauer) que dominaba su pensamiento, Sorel fue recibiendo paulatinamente las influencias de Vico (principalmente su dialéctica social sobre la decadencia y el progreso de los pueblos), de Proudhon (la idea de justicia como fuerza federalista y asistémica) y de Renan (la denuncia de la crisis moral de la sociedad y la fe en la función salvadora de la ciencia más como acto del hombre que como teoría racionalista). De Marx, Sorel toma la idea de la lucha de clases como motor de la historia, pero más en su aspecto mítico y metafórico, que en el científico o determinista. Esto último llevará a los marxistas ortodoxos a calificar a Sorel de "gran desorientado" (Lenin en "Materialismo y Empiriocriticismo") y de "típico intelectual pequeño burgués" (Lukács en "El Asalto a la Razón").

Con estas influencias Sorel recibe las enseñanzas de Bergson de quien aprende principalmente su violenta crítica al panracionalismo cartesiano. Como creía Schopenhauer, la razón es una herramienta al servicio de la vida; el hombre piensa, pero piensa para actuar. Ni causalismo ni finalismo sino evolución creadora. De Bergson en adelante se puede decir que el hombre se preocupará más de actuar y ya no tan sólo de pensar. Y en efecto, Sorel desarrollará el vitalismo bergsonianos a su modo: el hombre es un creador que debe resistir e imponerse frente al caos de la naturaleza. Para ello, Sorel promueve un hombre nuevo, con una moral renovada: tal es el héroe griego, homérico, ensalzado por Nietzsche en "El Origen de la Tragedia"; "la bestia rubia" de "Genealogía de la Moral". Se trata de la clásica raza señorial, hombres de voluntad que Sorel cree poder encontrar en los grandes empresarios que forjaron la grandeza de los EE.UU., aunque los considera demasiado contaminados por la sociedad burguesa, por el "Escila", el desánimo, la comodidad. Ese hombre nuevo sólo existe, a juicio de Sorel, en el trabajador. El trabajador es el prototipo ético: voluntad, resistencia y lucha. Pero ese trabajador sólo puede actuar violentamente y movido por un mito que lo lleve a actuar.

Tales nociones, las de "mito social" y "violencia", son las preponderantes en "Reflexiones sobre la Violencia". El mito es el conjunto de imágenes o intuiciones "en las que se manifies-

tan las más fuertes tendencias de un pueblo, partido o clase" (p. 183). El mito es producto de la voluntad, no de la razón; no interesa si es o no cierto o si la meta se podrá o no alcanzar; el mito es una religión inmanente, no es susceptible de crítica (y aquí noto un aspecto típicamente gnóstico que es lo que Voeglin caracteriza como la "prohibición -de- preguntar"), ni prevé el porvenir sino que apenas lo vislumbra. A diferencia de la Utopía que prevé el futuro en base a causalidades pre-determinadas, el mito es la incertidumbre total.

En la teoría, el mito tiene por función aunar voluntades; en la praxis, el gran "mito social" es la "huelga general" que, rechazado por los socialistas (Zola, Jaures, Anatole France), era el gran motor del sindicalismo puesto que como afirma Sorel, "los sindicalistas no se proponen reformar el Estado como se lo proponían los hombres del siglo XVIII; desearían destruirlo" (p. 172). En esto Sorel era consecuente: nunca fue partidario de reemplazar una minoría gobernante por otra minoría gobernante (como el marxismo) sino que quería destruir el Estado. Por ello creo, con Hans Barth (en "Masa y mito") que a Sorel "no se le puede calificar de precursor, o siquiera de defensor del Estado totalitario". Y la destrucción del Estado, su aplastamiento "Napoleónico", no pretende lograrlo con barricadas y con golpes ("fuerza") sino con "violencia".

Con ello aparece la otra noción base de las "Reflexiones...": la de "violencia". La "fuerza" oprime, impone cadenas, es estatal y totalitaria; la "violencia" libera, rompe cadenas, es anarquista. "La fuerza tiene como objeto imponer la organización de un determinado orden social en el cual gobierna una minoría, mientras que la violencia tiende a la destrucción de ese orden" (p. 238). En esta noción de violencia como acto liberador, de elevación, volvemos a encontrar un innegable aspecto gnóstico: la violencia soreliana es "ética" en sus fundamentos mismos, pues tiene lugar como acción disociadora de los fundamentos de un orden inmoral y opresor con el objeto de lograr la liberación del hombre.

Es curioso notar que hasta en una de sus nociones más vagas, cual es la de violencia, Sorel deja traslucir un profundo

e innegable contenido ético; y ello es así porque la moral es para Sorel, como la ciencia o el arte, un absoluto pues se vincula al acto, y sólo el acto revela lo absoluto.

Creo firmemente que no se hace justicia a Sorel achacándole la culpabilidad de los totalitarismos nazi-comunistas. Fue siempre un moralista (aunque un tanto kantiano), enemigo de las burocracias inhumanas y del sistema burgués, artificial, teórico y opresor; y cuando a principios de siglo vislumbró el advenimiento de los totalitarismos, reforzó aún más sus teorías, pues ellas no llevaban, a su juicio, sino a la desaparición del Estado. Sorel no quiso ser, al decir de Croce, más que "un poeta que contempla con mirada pesimista la realidad presente", o, en palabras de Barth, "un moralista que sufre hondamente por la relajación de las costumbres, que trató de frenar esa relajación, que esperaba con nostalgia un renacer de las energías morales del ser humano y con ese fin creó su teoría del mito social".

Sorel representa, en síntesis, un intento más de moralización activa frente a la decadente cultura racionalista-burguesa. Por supuesto que su irracionalismo, su voluntarismo, sus consideraciones éticas están llenas de imprecisiones. Pero eso no le importaba; la coherencia teórica de las ideas no le interesaba. Valioso es, en cambio, el diagnóstico que Sorel hace, aunque en forma vaga y confusa, de la sociedad burguesa, "casi tan necia como la nobleza del siglo XVIII" (p. 137), del sistema tecnocrático y de las grandes construcciones panracionalistas.

Sorel, el "Tertuliano del socialismo", al decir de su discípulo Edouard Berth, es un maestro que hace pensar, y seriamente. Para ello tenemos entre nosotros una nueva edición de "Réflexions sur la violence".

**José Miguel Lecaros**